

Isabel Yépez del Castillo
Gioconda Herrera, editoras

Nuevas migraciones latinoamericanas a Europa

Balances y desafíos

FLACSO - Biblioteca



GRIAL



© FLACSO-ECUADOR
Dirección: Calle La Pradera E7-174
y Diego de Almagro
Teléfono: (593-2) 3238 888
Fax: (593-2) 3237 960
Página web: www.flacso.org.ec

**OBREAL - Observatorio de las Relaciones
Unión Europea - América Latina**
Dirección: Universidad de Barcelona –
Parque Científico de Barcelona, Edificio
Florensa, c/ Adolf Florensa, 8 08028
Barcelona - España
Teléfono: (34) 93 403 4479
Fax: (34) 93 403 4478
Página web: www.obreal.unibo.it

Universidad Católica de Lovaina
Grupo de Investigaciones Interdisciplinarias
sobre América Latina (GRIAL)
Dirección: 1, Place des Doyens, Lovaina
la Nueva, Bélgica
Teléfonos : 32 10 47 33 67 32 10 47 33 68
Fax : 32 10 47 28 05
www.uclouvain.be/grial

UB – Universitat de Barcelona
Dirección: Gran Via de les Corts Catalanes,
585 08007 Barcelona
Teléfono: +34 934 021 100
Fax: +934 034 056.
Página web: www.ub.es

ISBN: 978-9978-67-141-2
Diseño de portada: Antonio Mena
Diseño de interiores: RisperGraf C.A.
Imprenta: RisperGraf C.A.
Quito, Ecuador
octubre, 2007

BIBLIOTECA - FLACSO - E C
Fecha: 20-11-07
Compra:
Proveedor:
Canje:
Donación: FLACSO Ecuador

REG.	00019263
CUT.	8773
BIBLIOTECA - FLACSO	

Índice

Introducción general

Gioconda Herrera e Isabel Yépez

Capítulo I – Estado del arte de las investigaciones

Introducción	19
<i>Isabel Yépez</i>	
1.1.- La inmigración latinoamericana en España.	31
Tendencias y estado de la cuestión	
<i>Diego López de Lera y Laura Oso Casas</i>	
1.2- Estado del arte de las investigaciones sobre	69
los brasileños y brasileñas en Portugal	
<i>Beatriz Padilla</i>	
1.3- Lecciones de la inmigración latina a	95
Europa e Italia	
<i>Luca Queirola Palmas y Maurizio Ambrosini</i>	
1.4- Estado del arte de las investigaciones	113
sobre inmigrantes de origen latinoamericano	
en los Países Bajos.	
<i>Cristina Barajas S.</i>	
1.5- ¿Qué sabemos sobre los migrantes	139
latinoamericanos en Francia?	
Revisión bibliográfica comentada	
<i>Olga L. González</i>	

1.6- Realidad y sueño latinoamericano en Bélgica	167
<i>Rocío Sáenz e Iván Salazar</i>	
1.7- Ecuatorianos/as en Europa: de la vertiginosa	189
salida a la construcción de espacios transnacionales	
<i>Gioconda Herrera</i>	
1.8- ¡Pues para Europa! La migración	217
latinoamericana a Alemania - desde una mirada de género	
<i>Berenice Hernández</i>	
La presencia latinoamericana en Europa: los datos estadísticos.....	239
<i>Michel Poulain</i>	

Capítulo II – Ciudadanía, multiculturalismo y desarrollo

Introducción

Jacques Malengreau

2.1.- De la asimilación a la convivencia: conceptos	269
y contextos de la política inmigratoria	
<i>Sérgio Costa</i>	
2.2.- Ciudadanía y multiculturalismo de los peruanos	287
y peruanas en España	
<i>Angeles Escrivá</i>	
2.3.- Remesas para el desarrollo local. Reflexiones	309
a partir de casos latinoamericanos	
<i>Claude Auroi</i>	
2.4.- Migración y desarrollo: Una mirada desde	337
la geografía social	
<i>Annelies Zoomers</i>	

2.5- Remesas, desarrollo y pobreza.....	363
Una visión crítica desde América Latina	
<i>Alejandro I. Canales</i>	

Capítulo III. Mercado de trabajo, feminización y economía del cuidado

Introducción

Christine Verschuur

3.1. Los ámbitos del cuidado. Reflexiones para una conceptualización del <i>care</i> a las personas de edad dependientes a partir de un estudio de caso en Bruselas	403
<i>Florence Degavre</i>	
3.2. Inserción laboral de la población latinoamericana inmigrada en España	427
<i>Fernando Gil y Andreu Domingo</i>	
3.3. La inserción laboral de la población latinoamericana..... en España: El protagonismo de las mujeres	453
<i>Laura Oso Casas</i>	
3.4. Mujeres latinoamericanas y mercado del trabajo:..... el ejemplo de las ecuatorianas en Génova	481
<i>Francesca Lagomarsino</i>	
3.5. Economías del cuidado colapsadas: ¿a quién le tendría que preocupar?	507
<i>Jeanine Anderson</i>	

Conclusiones – Desafíos para las políticas públicas

La evolución de las políticas de migración entre	533
América Latina y Europa	
<i>Jean Yves Carlier</i>	

Economías del cuidado colapsadas ¿A quién le tendría que preocupar?

Jeanine Anderson*

Introducción

El repentino aumento de la migración internacional a partir de la década de los noventa, ha tomado por sorpresa al Perú. Más sorprendente aún ha sido el aumento en la proporción de emigrantes internacionales mujeres. De acuerdo al reciente informe del Fondo de Población de Naciones Unidas y la Conferencia Mundial de Población, en 1996 emigraron 14.000 peruanas y en 2005 fueron 173.000. Las mujeres constituyeron el 40% del total de los 425.000 que salieron como emigrantes de nuestro país en dichos años.

Este trabajo se centra en los lugares de origen de los emigrantes, hombres y mujeres, y en los significados y las consecuencias de la emigración femenina para esos lugares. Muchas de las mujeres que salen al exterior son claves en la organización, el cuidado y la economía de sus hogares de nacimiento y/o de procreación. Ellas llevan, como parte de su bagaje, la socialización que han recibido, que las prepara para la atención del hogar y el cuidado de las personas que lo comparten. Cuando se van, dejan maridos, hijas e hijos, y a veces otros familiares, quienes de algún modo tienen que llenar el vacío de su ausencia. En los lugares de destino, las habilidades de estas mujeres, en tanto cuidadoras, gerentes domésticas y amas de casa, tienen una fuerte demanda. Hay pues, abundantes motivos para enfocar la relación entre la emigración femenina y la organización social, cultural y económica alrededor del cuidado. El tema nos sitúa en

* Profesor Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP), Perú, janders@pucp.edu.pe

medio de importantes procesos de cambio que se están produciendo en los países desde donde salen personas y en aquellos que las reciben.

En Perú, la migración masculina es imaginada como “normal” y esperada, y tiene raíces profundas. Existe, en los Andes y en las zonas rurales, un patrón de comportamiento que se conoce como el “vagabundeo”, el cual se asocia a los varones jóvenes y adolescentes y está vinculado a la búsqueda de independencia económica, de aprendizajes no disponibles en los lugares de nacimiento, y a la acumulación de capital social y cultural. Es común que niños, jóvenes y hombres casados realicen emigraciones laborales por temporadas variables (días, semanas, meses, años). Incluso, desde hace tiempo, tales movimientos pueden llevarlos a cruzar las fronteras de países vecinos.

Estas representaciones hegemónicas dejan poco espacio para las imágenes de mujeres movilizadas, que se desplazan largas distancias en viajes comerciales, que huyen de parientes que pretenden casarlas o decidir sobre sus vidas, que se trasladan a las ciudades en busca de estudios, un ingreso propio, un cambio de vida. Sin embargo, tales patrones también son antiguos en el Perú. El movimiento de niñas y mujeres rurales hacia las ciudades, para trabajar en el servicio doméstico, se inicia en los primeros años de la colonia española y continúa hasta hoy.

La emigración de mujeres en edad reproductiva puede representar un desesperado intento de salvar economías familiares y crear oportunidades para los hijos de las familias en estado de pobreza. O puede significar una liberación para la mujer que se va. En cualquiera de los dos casos (y en las situaciones donde se mezclan ambas motivaciones), la migración está vinculada a la economía, la organización social y la cultura del cuidado en los hogares y en los países como conjunto. Me propongo examinar esta vinculación desde diversos ángulos.

Quiero comenzar, sin embargo, por la relación entre la migración y la pobreza. Para eso, echaré mano a una investigación longitudinal realizada por mí en Pamplona Alta, sector de asentamientos populares, al sur de Lima.

¿Cómo se sale de la pobreza?

En casi todos los sectores sociales de Perú, la emigración internacional figura en el imaginario como una ruta de escape de la pobreza. Los costos y los riesgos son suficientemente altos como para que las personas emprendan la emigración tan sólo “por ver” o como una aventura. Si la emigración representa la esperanza de mejorar las perspectivas del grupo familiar al que se pertenece, tiene que conjugarse con otras alternativas que puedan ofrecer la misma esperanza. En esta sección examinaré la emigración internacional justamente en este contexto: ¿qué otras salidas están al alcance de las familias pobres en el Perú?

La investigación sobre la pobreza es abundante y, sin embargo, la mayor parte de ésta es sincrónica, sin mayor profundidad en los aspectos diacrónicos. En cambio, salir de la pobreza es un proceso que ocupa años o décadas. A lo largo de más de tres décadas, he tenido la posibilidad de seguir a un conjunto de familias¹ en Pamplona Alta, analizando, entre otras cosas, sus intentos de mejorar la situación socioeconómica, y su propia evaluación de las oportunidades y riesgos que existen en sus entornos. Para comparar las trayectorias familiares, agrupé a las familias en tres conjuntos que reflejan un orden relativo: las 12 más prósperas, las intermedias y las 12 más pobres. Si bien se puede decir que unas estrategias fueron más exitosas que otras, ninguna de las familias alcanzó una posición de gran holgura en el lapso de las tres décadas. Sin embargo, una minoría logró emerger decorosamente de los años de inflación galopante (años ochenta) y recesión (segunda mitad de los noventa), mientras que otras familias, para la última entrevista en el 2001, se hallaron sumidas en una pobreza desesperante. La mirada a las estrategias económicas de estos grupos familiares pretende responder la pregunta clave frente a las condiciones adversas que afectaban a todos: ¿Qué pudieron hacer para defenderse y aumentar el patrimonio familiar?

1 La muestra fue de 74 familias en 1977-78, cuando se hizo la primera ronda de entrevistas. La mayoría de familias se constituía de jóvenes parejas que habían establecido su primer hogar en el asentamiento, a partir de 1970. En 1992, para la segunda ronda, se entrevistaron a los dos padres y dos hijos/as adolescentes de 62 familias. En 2001 se entrevistaron a miembros de dos y a veces tres generaciones, en 56 de los hogares inicialmente miembros de la muestra.

Rutas de salida de la pobreza

Para llegar en buenas condiciones, al final del recorrido de tres décadas, los grupos familiares de Pamplona Alta tuvieron que recorrer secuencias de acciones que, acumulativamente o aprovechando sinergias, hicieran que el grupo estuviera consolidado, con capacidad de resolver emergencias, con condiciones de vida decorosas, y con los hijos establecidos en líneas de trabajo promisorias. Esta sería la definición de una “estrategia exitosa”. Algunos de los ingredientes de tales estrategias son los siguientes:

- Acumulación de activos: casa, vehículos, herramientas de trabajo (desde implementos de carpintería hasta una máquina de coser o tejer).
- Empleo constante en un trabajo formal. Aún ganando un sueldo bajo, los beneficios son la regularidad del ingreso y el acceso a mecanismos de protección, como el seguro social y algunos servicios asociados al trabajo en organismos del Estado o las empresas grandes (capacitación, capital social).
- Migración dentro del Perú: acceder a tipos de trabajo que conllevan un premio por sacrificio o riesgo (construcción en zonas rurales, minería) o poder extraer ganancias excepcionales de una actividad, como el transporte de productos o la venta itinerante en zonas de poca competencia de los Andes, la selva o la costa rural. Hubo casos de hijos y nietos que habían regresado al lugar de origen de sus familiares en la sierra u otras zonas rurales.
- Actividades empresariales fundadas sobre la participación de un grupo familiar grande, capaz de insertarse en distintos nichos económicos.
- Patronos y programas de asistencia social. En general, tales mecanismos podían proteger al grupo de impactos y caídas drásticas; servían como una función de mantenimiento. No eran eficaces como palancas para salir de la pobreza.

Algunas personas dedicaban grandes recursos y energías para procurar abrirse campo en otras direcciones. Sus estrategias parecen responder a ciertas ilusiones que los medios de comunicación se encargan de difundir y les conviene propugnar: la igualdad de oportunidades y la esencial

justicia del sistema o la fuerza del amor y el reconocimiento mutuo entre estamentos sociales desiguales. En Pamplona Alta se manifestaban dos de estas estrategias. Bajo las condiciones reales del Perú, sus posibilidades de éxito son magras:

- La educación y la profesionalización. En los setenta los padres soñaban con que sus hijos e hijas estudiaran carreras profesionales. Las profesiones eran definidas en forma amplia, para incluir, por ejemplo, tanto técnico en electricidad como ingeniería electrónica; técnica en enfermería como enfermeras y médicas. Hoy, el deterioro de la educación básica en el Perú es tan dramático que resulta prácticamente imposible que alguien que estudie en un colegio rural, de los asentamientos populares, o colegios fiscales en general, pase el filtro e ingrese en una universidad de buena reputación. Además, quienes egresan de la secundaria en esos lugares, sufren desventajas debido a sus deficiencias de capital social y cultural. Tales desventajas eran apenas visibles para los adultos de los años setenta; hoy, en un mercado laboral más competitivo, padres, madres, hijos e hijas reconocen los obstáculos que enfrentan y que se vuelven casi insuperables.
- El casarse bien, especialmente para las jóvenes mujeres. La realidad es más bien que muchas jóvenes han tenido embarazos tempranos, no planificados. Por más “agraciadas” que sean, quedan fuera de carrera para un ascenso social a través del matrimonio. Las parejas jóvenes se establecen básicamente entre pares del mismo asentamiento y los asentamientos vecinos. Se mantiene un ideal de “endogamia andina”, ya no de la pequeña comunidad rural sino referida al barrio y al estrato socioeconómico.

Otras estrategias para salir de la pobreza, que los residentes de Pamplona Alta han emprendido, implican inversiones de largo plazo y planes de contingencia cuyo resultado final no se ha visto aún. No está claro si insistirán en la ansiada estabilidad económica, en un aumento del patrimonio y mejora de las perspectivas, o si fracasarán. Estas estrategias incluyen:

- Especulación en tierras, especialmente terrenos urbanos en zonas de invasión o expansión de las economías populares. Algunas familias habían comprado terrenos en las zonas altas del cerro de Pamplona, donde criaban chanchos (o alquilaban el terreno para que otros se ocuparan de esa actividad, considerada bastante “sucía”). Otras habían invertido con la idea de construir una tienda, hostel o casa para alquiler. Algunas personas habían comprado terrenos fuera de Lima.
- Negocio en casa, pensado para los años de retiro del trabajo de los adultos mayores. Los negocios son tiendas, cafés y bares, peluquerías, talleres de reparación, videojuegos o cabinas de Internet, cuartos de alquiler, garajes y almacenes.

Prácticamente todas estas estrategias para salir de la pobreza suponen una familia finamente afianzada, coordinada y funcional. Suponen además, que varios miembros de la familia estén aportando a un fondo común, el que a su vez esté siendo administrado racionalmente y a satisfacción de todos los contribuyentes. Asumen la existencia de acuerdos y reglas que se apliquen en la distribución de responsabilidades dentro de las familias, de modo tal que se eviten conflictos sobre quién hace qué y quién hizo más que el otro. Presumen, de hecho, la ausencia de agresiones entre los miembros de las familias y de violencia en los hogares. Suponen que todos los integrantes de la familia se respetan mutuamente y que las familias tienen una gran capacidad para reconocer las habilidades de sus miembros y aprovecharlas para el beneficio común. En resumen, las estrategias de salida de la pobreza requieren que las familias de los pobres funcionen de una manera casi ideal, pese a que las condiciones de su entorno se contradicen con ese supuesto permanentemente. Sobre esto habrá más que decir líneas abajo.

Frente a este panorama, no es de sorprenderse que las familias de Pamplona Alta, al igual que las familias de los miles de asentamientos populares que existen alrededor de la ciudad de Lima, como de otras ciudades peruanas, coloquen dentro de su abanico de posibles salidas, la emigración internacional de uno o más de sus miembros.

La vieja emigración

La vieja emigración internacional peruana, la de los años sesenta y setenta, involucraba casi exclusivamente a hombres. En Pamplona Alta, hay casos de varones, ahora padres y aún abuelos de familia, que participaron de ella. Es ilustrativo examinar las circunstancias en las que salieron del país y, sobre todo, su recorrido después de volver. En la muestra de 74 familias que participaron en la primera rueda de entrevistas, (1977-78) se hallaron tres de estos casos. En ese momento, no hubo mención a mujeres que hubieran emigrado o que estuviesen fuera del Perú.

El primer caso es el de un mecánico de calderos -llamémoslo Pedro- que estuvo adscrito a la Marina de Guerra del Perú. Dice él que trabajaba en un barco que recorrió Liberia, Rusia y muchos otros países. Pedro dejó esa vida en 1984, volvió a instalarse con su familia en Pamplona Alta, e inició una breve carrera como mano de obra calificada en algunas empresas industriales. Con el ajuste económico que se producía en la década de los ochenta, las empresas iban quebrándose, una por una. Pedro entró a trabajar en el gobierno municipal, en uno de los puestos que son asignados como premio por los apoyos prestados en la campaña política del candidato ganador. Estuvo en la jefatura de participación vecinal hasta que su facción política perdió. Desde entonces, lo único que ha podido conseguir son pequeños trabajos independientes. Al momento de la última entrevista, Pedro trabajaba *freelance*, como asesor y tramitador en cuestiones de planos urbanos y saneamiento físico-legal, ayudando a los representantes de nuevos asentamientos humanos a realizar trámites de titulación y en general a manejarse en el mundo de las leyes municipales. Además, era dirigente vecinal en un sector de Pamplona Alta. Sus fuentes de ingreso eran sumamente precarias y, al no tener una formación legal, él no podía competir con otros que ofrecían el mismo servicio.

El segundo caso es el de un hombre al que llamaré Severo. Él fue uno de los más prósperos en 1978 y uno de los más pobres en 2001. En los años setenta era un obrero calificado de una gran empresa industrial fabricante de vasos y otros productos de vidrio. La empresa lo envió al Ecuador para una capacitación y para que conociera el funcionamiento de industrias similares en otro país. Cuando la empresa quebró en los años ochenta, Severo perdió su empleo y las oportunidades excepcionales que

le significaba. Intentó varias líneas nuevas de trabajo pero parece claro que sus largos años en la fábrica no le habían preparado para adaptarse a otras condiciones, sobre todo a la condición psicológica de la inseguridad ni a la pérdida de ingresos, ambiente y estatus. En las provincias probó suerte como comerciante, para luego replegarse a la venta ambulante de muñecas de peluche en Lima, para lo cual contaba con la ayuda de una hija adolescente. En 1996, Severo abandonó a su familia. Cortó los vínculos de tal forma que nadie pudo dar cuenta de su ubicación. Dejó su casa en una situación dramática. Los hijos varones no consiguen sino trabajos ocasionales; son violentos y motivo de miedo para la madre; uno de ellos es alcohólico. La hija, ex ayudante de su padre en su época de ambulante, trabaja días enteros cuidando un pequeño negocio de videojuegos en una casa vecina. Ella logró terminar la secundaria y sueña con estudiar ingeniería de sistemas en la Universidad Nacional de Ingeniería, una de las más competitivas del país y donde el ingreso es difícil aún para estudiantes que se gradúan de colegios privados con fuertes programas de enseñanza de matemáticas y lenguas extranjeras. Privada de semejantes ventajas, esta joven también tiene el sueño de emigrar; le gustaría, dice, “hacer un postgrado en otro país con una beca integral. En Japón o Alemania”.

El tercer caso de un emigrante “antiguo” es aun más complicado. Se trata de un hombre, que llamaré Julián, quien terminó en la cárcel acusado de pertenecer a Sendero Luminoso. Él fue soldador y planchador de autos y en 1976, fue enviado a Venezuela por la empresa que lo empleaba. La empresa no cumplió con todas las condiciones que había ofrecido y el contrato en Venezuela no resultó tan lucrativo como él había pensado. Regresó al Perú porque su hijo se puso gravemente enfermo. Descapitalizado, habiendo cortado las redes que le facilitaban pedidos, Julián también recurrió al patronazgo político y la posibilidad de conseguir empleo en la administración municipal. La esposa halla las raíces de muchos problemas posteriores en esa experiencia de su esposo como trabajador municipal. Participó en un sindicato radicalizado y, con frustraciones propias, fue presa fácil de un discurso reivindicativo a ultranza. Como parte de un grupo de trabajo masculino que fomentaba actitudes machistas, inició una relación extra marital. En 1992, Julián fue condenado a siete años de cárcel y la familia tuvo que recurrir a la asistencia de un comedor popular que le ofrecía comida subsidiada. Madre e hijos buscaron en varios frentes

oportunidades de trabajo y negocios. Una de las hijas, de 23 años, tuvo tuberculosis incipiente y expresaba:

Bueno, siempre hay ideas, y en concreto, siempre ha habido ideas de parte de mi cuñado Jesús. Él tiene su hermana que está en Argentina. O sea que si ella se lo lleva a él, él se lleva a mi hermana y de repente me llevan a mí, así ¿no? Pero nada concreto ¿no? De trabajo a veces había. Formamos un grupo de tres, podemos viajar a Argentina, podemos hacer esto. Siempre había ese comentario, pero nada, nada, nada.

Quiero remarcar las historias tan problemáticas de estos tres hombres luego de su regreso al Perú. Sus decisiones y acciones aluden a sentimientos de desubicación. Sugieren aspiraciones de modos de vida que pueden haber visto fuera del país pero que no eran alcanzables en las condiciones del Perú, al menos no desde el sector social en el cual ellos se encontraban. En los casos de Pedro y Julián, la estadía afuera creó una situación objetiva de pérdida de vínculos y grandes dificultades para reinsertarse en lo laboral. Los tres hombres hicieron varios intentos de proveerse de nuevas identidades (políticas, empresariales, de técnicos expertos), con consecuencias nefastas. No sé hasta qué punto los vecinos, en el asentamiento, conocían los detalles de esas experiencias fuera del país ni de cómo y por qué ellos regresaron. En realidad, no eran ejemplos positivos del potencial beneficio de un viaje de retorno. El hecho de que sus hijos y, sobre todo, sus hijas hayan emigrado o estén pensando hacerlo, hace ver que los familiares no atribuyen a la experiencia de la emigración en sí, trayectorias tan accidentadas luego del regreso a Perú. Al contrario, salir del país se les hace aún más natural y asequible de lo que sería para los miembros de otras familias que no guardan en la memoria grupal los recuerdos de viajes hacia otros países.

Pobreza y cuidado

Señalé, líneas arriba, el alto nivel de coordinación y cooperación dentro de las familias, como una condición necesaria (aunque no suficiente) para enrumbar un hogar pobre hacia una situación de cierta holgura que sea, además, sostenible en el tiempo. La otra cara de la misma moneda es que existe una relación entre la pobreza y las rupturas que se producen en

la organización doméstica, y la atención a los miembros de un hogar. Las encuestas de hogar aluden a esta realidad, al establecer una relación estadística entre la pobreza y factores como la uniparentalidad o falta de acceso a servicios básicos. Los estudios sobre familias y comunidades de pobreza permiten calibrar con mayor detalle el reto diario de poner alimentos en la mesa, repartir un ingreso pequeño entre varias personas con requerimientos nunca satisfechos, evitar cortes de la luz y agua (si es que se tiene estos servicios). Mirado de cerca, el manejo de un hogar, sobre todo un hogar de escasos recursos, abarca labores de gerencia y planificación que recorren los planos materiales, sociales y emocionales.

La atención a una casa, las tareas domésticas y el cuidado de las personas implican una economía en el sentido más amplio del término. Ésta requiere insumos como dinero, materiales, equipamiento, tiempo y conocimiento, y requiere insumos mucho más difíciles de nombrar y medir: afecto, buena voluntad, atención sostenida, compromiso a largo plazo, prioridades ordenadas para dar la preferencia a los familiares. Esto es el “amor” que Beck y Beck-Gernsheim detallan en su libro *The Normal Chaos of Love* (1995).

La producción de bienes y servicios en los hogares se complementa con los aportes de numerosas personas de la comunidad local, además del sector público. Ninguna familia vive aislada de su entorno ni es autosuficiente. Con los vecinos se mantienen relaciones de intercambio y apoyo solidario. Los estados modernos reconocen su obligación de proveer determinados recursos y garantizar determinadas condiciones para el funcionamiento de los hogares. Se trata de servicios básicos de salud, educación, saneamiento y seguridad y, para el caso de familias en zonas de pobreza, programas sociales y de empleo, entre otros que forman parte de las estrategias pro equidad, de creación de oportunidades y de combate a la pobreza. La actuación estatal en estos campos ha sufrido recortes importantes en tiempos recientes, inspirados en la filosofía neoliberal. Las reformas del Estado, la apertura de las economías y la reorganización de las empresas, en aras de la competitividad, han significado la eliminación de muchos beneficios y el deterioro de los servicios que alcanzaron a algunos sectores pobres. Más aún, las políticas implantadas en el sector público y privado han aumentado la presión sobre la economía del cuidado en los hogares. Se ha ampliado las jornadas de trabajo de hombres y mujeres, sin contemplación

de los roles que ellos y ellas tienen que cumplir frente a la vida familiar. Se ha ampliado el abanico de servicios que las familias requieren frente a situaciones extremas como enfermedades agudas y crónicas, discapacidad de uno de sus miembros, compensación en el hogar de la tarea educativa que ya no cumple la escuela pública.

Pese a la transformación de las sociedades y las familias, un factor que se ha mantenido con sorprendente estabilidad, a través de los tiempos y las culturas, es la identificación de las mujeres con la economía y la organización social del cuidado. El Perú contiene una gran diversidad sociocultural y, sin embargo, las funciones de reproducción social -en los hogares y en las instituciones públicas y privadas- son imaginadas como un dominio esencialmente de las mujeres. En la mayoría de grupos peruanos, los niños varones comparten las tareas en la casa hasta cierta edad, incluso encargándose de los hermanos menores. No obstante, esta práctica suele desaparecer en la adolescencia y la edad adulta. Se sientan así las condiciones para las tensiones que observamos en la actualidad, donde las mujeres siguen siendo las responsables casi exclusivas del trabajo en los hogares, cuyo peso va en aumento.

La institución del servicio doméstico complica el análisis de las economías del cuidado para el caso del Perú, como de otros países latinoamericanos que comparten este viejo patrón. En el Perú, las estimaciones de la proporción de hogares que cuentan con servicio doméstico van desde 5% (Alarcón 2002) hasta 15% (Arriagada 2005:137). La oferta de trabajadoras del hogar aumenta notablemente durante los meses de verano, época de vacaciones escolares, cuando miles de niñas y adolescentes de poblaciones rurales se abalanzan sobre las ciudades en busca de puestos de trabajo que les permita ganar el dinero que necesitan para seguir estudiando el año siguiente. Además, hay quienes colaboran en las tareas del hogar y que ocupan un estatus intermedio entre familiar pobre y empleada del hogar. Existe un patrón antiguo del “recojo” de niñas/os en plan de “préstamo” o como acompañantes. Estos pueden ser menores de edad que pertenecen a una familia de la misma parentela o pueden no tener una relación de parentesco con los protectores. Generalmente, una persona que vive como dependiente en un hogar, realizando tareas, espera ser retribuida en la comida y la protección.

Todo esto significa que muchas niñas, adolescentes y mujeres cuentan experiencias de haberse desempeñado en tareas domésticas y labores de atención a las personas, en su propia familia y en familias ajenas. Dicha experiencia es un capital, indudablemente, que les facilita el acceso a nichos en el mercado laboral en su país de origen y en los países de destino de la emigración. Sin embargo, la situación que se crea alrededor de las economías del cuidado, dentro de los distintos escenarios, es aun más compleja. Las excesivas exigencias que se imponen sobre las mujeres, y sobre las familias pobres en general, determinan riesgos y vulnerabilidad. En la siguiente sección veremos cómo esos riesgos se expresaban en Pamplona Alta.

Care meltdowns

En el estudio de Pamplona Alta, se halló que casi todas las familias que terminaron el tramo de los treinta y más años, en buena forma, son familias en las cuales las madres ingresaron tempranamente al trabajo remunerado y se mantuvieron allí durante un período largo. Las familias más prósperas destacan por la fuerte participación de las madres y, conforme avanza el tiempo, las hijas mayores. Así, la familia que pasó de la tercera posición en 1978 (entre las más pobres) a la primera posición, en 2001 (entre las más consolidadas), está conformada por una mujer que se inició como ayudante y llegó a tener un puesto de papas propio, en el mercado mayorista de Lima. En otros casos, las madres tienen una tienda en casa, un puesto de venta en un mercado local, o un trabajo asalariado de bajo nivel (por ejemplo, auxiliar en un hospital público). En tales casos, el factor determinante no es la rentabilidad de la actividad sino la constancia del trabajo femenino, día tras día, año tras año. Probablemente se agregan a ello factores como la expansión y diversificación de la red social que las mujeres construyen alrededor suyo, dando acceso a nuevos recursos y duplicando los que el hombre o esposo canaliza. En los datos se observa la crucial importancia del trabajo de la madre para paliar épocas en que el padre tambalea en su empleo o negocio. El poder turnarse en el desempeño de papeles entre la madre y el padre, ha permitido asirse de un ancla para el ingreso familiar en sucesivas etapas, y es un patrón que ha significado, para muchos hogares, la diferencia entre hundirse irremediamente o hacer transiciones exitosas hacia nuevas formas de operar.

La posibilidad de que la madre de familia participe en forma permanente en el trabajo remunerado depende a su vez de ciertas precondiciones. Solamente un tercio de las mujeres tenían ingresos propios en 1977-78, debido a que todas tenían hijos pequeños a su cargo. Algunas iban rápidamente organizando soluciones: traían a familiares mujeres, encargaban las tareas domésticas desde muy temprano a sus hijos mayores, buscaban negocios que podían manejar cerca de la casa, en horas de la madrugada o en las horas escolares; contrataban a empleadas del hogar. Tales soluciones no fueron posibles en algunos casos donde existía un hijo o hija con impedimentos severos; de hecho, hubo una tendencia a la desarticulación de la familia bajo estas circunstancias, causadas por enfermedades como la polio o la meningitis, o problemas congénitos, accidentes o lo que fuera. En un par de casos de pobreza extrema y permanente durante los treinta y más años, el marido prohibía el trabajo de la mujer (lo cual le obligaba a trabajar a escondidas, en actividades cambiantes y muy poco rentables) o, como un ingrediente del conflicto de género, ejercía sabotaje (por ejemplo, destrozaba los implementos de trabajo de la mujer, en arranques de violencia y borrachera; empañaba o vendía artículos como su máquina de coser).

La lección es clara: tiene que establecerse una organización de las tareas domésticas y las actividades del cuidado de los miembros de los hogares, que permita liberar las energías y el intelecto de las mujeres a fin de que puedan colaborar plenamente en la estrategia económica del hogar. Al mismo tiempo, esta organización tiene que garantizar condiciones sostenibles de atención a todos los miembros del hogar y a los servicios de la casa. En el estudio en Pamplona se captó una abundante evidencia acerca de los efectos a corto y largo plazo de deficiencias de "cuidado". Estos incluyen tuberculosis que se propaga en largas cadenas dentro de la familia, fracaso escolar, delincuencia y drogas en los jóvenes, enfermedades mentales, nuevas parejas mal hechas. También incluyen efectos que comprometen la estrategia de obtención de ingreso directo. Se rompe la cooperación y coordinación entre los miembros del hogar de un modo que queda anulada. La persona responsable de pagar la luz, por ejemplo, se niega a hacerlo; el taller de carpintería que funciona en la casa no puede funcionar hasta que alguien ceda o hasta que las relaciones se repongan. Como sostienen Abramo y Todaro (2002), el cuidado no es un recurso infinito.

El análisis de las trayectorias familiares en el largo plazo, arroja luces sobre algunas situaciones que plantean riesgos casi irremediables para familias en pobreza, cuando éstas son abandonadas a sus propios medios:

- Atraso escolar. La repetición de años de estudio escolar es una señal de problemas en la economía del cuidado del hogar, de escasez de dinero para comprar útiles y libros, y posiblemente de la presencia de violencia. Pronostica dificultades para la inserción económica posterior de quienes ni siquiera llegan a terminar la educación secundaria. Afecta a grupos de hermanos.
- Alcoholismo (padre, hijos varones) o abuso de sustancias. El alcoholismo suele ser tratado en el Perú como un hecho folklórico o como una deficiencia moral. Para las familias es un grave problema económico. Junto con el abuso de sustancias, más bien por parte de la generación joven, se introduce en el grupo familiar la violencia, la pérdida de confianza en los alcoholizados o adictos, y la desmotivación.
- TBC (más recientemente, VIH-SIDA). Enfermedades como ésta recorren la red familiar, agotan sus recursos, y destrozan su capacidad de respuesta.
- Hijos/as con graves impedimentos. En hogares con niños o jóvenes que padecen graves problemas físicos o psicológicos, existe una alta probabilidad de que se rompa la pareja y quede una estructura familiar muy débil para afrontar las excepcionales demandas del cuidado y de ingreso de provisiones.

Frente a dificultades de tales dimensiones, los hombres y las mujeres más trabajadores, dotados de excepcional energía y capacidad y operando en los nichos económicos más promisorios, pueden hacer muy poco.

Situaciones de este tipo pueden impulsar la decisión de emigrar de una mujer madre de familia. En el estudio de casos que realizó Lucía Hernández para su tesis de maestría en sociología en la Universidad Católica del Perú (2005), la violencia de la pareja es un tema que recorre los relatos de las mujeres que se han ido. En todos los casos las privaciones para manejar el hogar figuran de manera importante. Hernández trabajó en Pachacútec, una de las zonas más recientemente pobladas de los alrededores de

Lima. Allí se carece de muchos servicios básicos y el abastecimiento de alimentos es dificultoso. La comunicación con el resto de la ciudad es precaria; toma muchas horas del día para las personas trasladarse en buses y camionetas. Unas cuantas de las mujeres que emigraron han vuelto de visita y, de hecho, sus primeras quejas iban al tema del trabajo doméstico y la organización de los hogares. Enviaron dinero para comprar cocinas, artefactos electrodomésticos, muebles y otros enseres con la intención de aligerar el trabajo de la casa y poder hacerla más acogedora.

La respuesta del gobierno peruano frente a la pobreza ha sido el establecimiento de programas paliativos que descansan sobre la base del trabajo gratuito de las madres (y a veces de otras mujeres también), de las familias pobres. Los programas de asistencia alimenticia (comedores, Vaso de Leche) y de atención primaria de la salud y control de enfermedades como la tuberculosis, tienen ese carácter. Quienes participan en dichos programas, en algunos casos los han podido utilizar para desarrollar capacidades de liderazgo y recuperar habilidades básicas de lectura, escritura y aritmética. Sin embargo, para la mayoría de mujeres, han significado la dedicación de horas de trabajo, día tras día, sin remuneración y sacrificando la posibilidad de incursionar en otras actividades que sí podían reportar un ingreso. Francesca Denegri (2000), en un estudio biográfico, presenta el caso de una mujer que llegó a ser dirigente en la organización de voluntarias del programa Vaso de Leche, a través del cual se reparte desayunos a niños, gestantes, ancianos y enfermos de tuberculosis en barrios urbanos y comunidades rurales. La historia de vida de esta mujer ilustra cómo la turbulencia política de fines de los años ochenta impulsaba a muchas dirigentes populares, al igual que muchos sindicalistas, a irse del país. El personaje biografiado por Denegri llegó a Inglaterra y, tan pronto pudo, comenzó a “jalar” a otros familiares a que se unieran a ella en el nuevo país. Para ella, eran un recuerdo amargo las dificultades que había experimentado en su pueblo rural de origen y en la ciudad de Lima para mantener en pie una casa y una familia frente a grandes carencias y constantes presiones. Asimismo, el servicio voluntario en programas estatales de alivio de la pobreza propia y del vecindario debe haberse alejado rápidamente de su mente como alternativa atractiva.

Responsabilidad y culpas

Al sustentar la relación entre la pobreza y las rupturas en la organización del cuidado, el riesgo es culpabilizar a las víctimas. Existe una larga y lamentable tradición de mirar “hacia abajo” desde posiciones de privilegio y encontrar en los supuestos inferiores, rasgos de incapacidad para organizarse en familias decorosas y funcionales. Thomas (1994) elabora el paralelo entre la mirada decimonónica a las clases subalternas en países europeos, y la mirada a las poblaciones que los poderes coloniales habían subyugado en lugares tan lejanos como Australia y Fidji. Los gobiernos coloniales encargaron sendos estudios dirigidos a medir distintos grados y formas de “salvajismo” mientras que, en sus propios dominios, los gobiernos intentaban calibrar la tendencia criminal y los grados de depravación de los sectores desposeídos. Wilson (1991) explora el lugar, en el imaginario, de las mujeres en las ciudades de los siglos XIX y XX, que eran vistas como “fuera de lugar” y “fuera de control”. Las ciencias sociales tampoco están libres de diagnósticos de la vida familiar de la clase obrera, las comunidades rurales y los grupos marginales, que la retratan como la manifestación de deficiencias no sólo económicas sino sociales, morales y hasta intelectuales.

Más recientemente, funcionarios y funcionarias estatales, y representantes de asociaciones filantrópicas se han atribuido el derecho de remover a niños del cuidado de sus padres, de colocarlos para adopción, de aplicar políticas de esterilización obligatoria y de curación forzada de adicciones a drogas y alcohol (Gordon 1994; Fineman y Karpin 1995). La tendencia es atribuir la situación de los pobres a su propio comportamiento: ociosidad, alcoholismo, incapacidad para ahorrar y planificar, incontinencia sexual, violencia (Katz 1995). Estamos muy familiarizados con las respuestas que supuestamente emergen de tales diagnósticos: la reforma de caracteres, la instilación de una disciplina personal, la estricta vigilancia de la vida familiar ajena, la evangelización y promoción de acercamientos a las iglesias y sus mecanismos de control moral, y la intervención policíaca y judicial en última instancia. Entretanto, se exculpa a los grupos poderosos que restringen las oportunidades, que fomentan la discriminación y que establecen el marco político que impacta sobre la vida personal y familiar de los pobres.

Con tan pesado legado, no es fácil ingresar en el tema que propongo sin reproducir prejuicios y repetir daños. Sin embargo, los sectores subalternos, y sobre todo las mujeres dentro de ellos, sufren demasiado a causa de vidas familiares que resultan frustrantes, angustiantes y conflictivas. Muchas de las pretendidas ayudas que se les ofrecen resultan irrelevantes, mal dirigidas o simplemente agravan los males.

La solución, me parece, está en teorizar mejor el cuidado y sus implicaciones. Queda claro que hay dimensiones que tienen que ver con la gestión, la planificación, proyección, coordinación de actividades y necesidades del grupo familiar como conjunto, y de cada uno de sus miembros individualmente, en plazos cortos, medianos y largos. Hay otras dimensiones que se ubican en el ámbito afectivo y emocional. Alguien tiene que velar porque las relaciones interpersonales se lleven de una manera positiva y porque los estados de ánimo se mantengan en equilibrio; nuevamente, para cada integrante y para el conjunto del hogar. Las funciones de cooperación y apoyo mutuo tienen que asegurarse; de lo contrario, se instauran ciclos de recriminación, conflicto y sabotaje de unos frente a otros.

Es fácil demostrar cómo estas dimensiones de la vida familiar son vulnerables frente a amenazas que vienen del entorno, entre las cuales están la escasez del tiempo, el estrés que exagera las demandas que unos y otros traen al hogar, las humillaciones que se sufren fuera de casa y que deben resarcirse en el hogar a través del reconocimiento, por parte de los familiares, de la dignidad y el valor de la persona. El tiempo que hombres y mujeres pobres gastan en transporte en condiciones de enorme incomodidad y no poca violencia, va en contra de la posibilidad de que los integrantes de un hogar pobre puedan encontrarse y sentarse a conversar tranquilamente sobre la vida en común. La discriminación, los insultos y las opresiones diarias que sufren, en la calle y en el trabajo, son factores que plantean exigencias de satisfacción emocional que las relaciones intrafamiliares difícilmente tienen espacio para llenar. De cualquier forma, poder llevar adelante un hogar que funcione en condiciones sumamente adversas, aumenta las demandas que obran sobre la persona al asumir ésta el papel de gerente y administradora: generalmente, la madre de familia.

Nuestras investigaciones y nuestras teorías son todavía incipientes en relación con la tarea de comprender mejor el trabajo que realizan las

mujeres adultas en los hogares latinoamericanos. En un estudio reciente de pacientes con tuberculosis multidrogoresistente en el Perú (Valverde 2006), se vio cómo, en casi todas las historias, falló el seguimiento a nivel del grupo familiar. Dicho seguimiento hubiera mejorado las posibilidades del paciente de cumplir con el tratamiento inicial y detectar a tiempo problemas de resistencia y recaída. En familias que ya tienen la agenda llena de problemas y exigencias, impactos e inseguridad, ¿Cómo puede esperarse que se aseguren funciones de atento seguimiento, paciente observación, animación constante, vigilancia de los estados de ánimo del enfermo o la enferma, para evitar el abandono del tratamiento? En los hechos, estas funciones fueron suplidas por una ONG, trabajando con los establecimientos de salud, dotados de movilidad y equipos y un entrenamiento especializado. Para dilucidar este caso y otros similares, hay que prestar atención a la nueva teoría sobre la organización social, cultural y económica del cuidado (Aguirre y Baththyány 2005).

Así como los problemas de salud de los sectores subalternos son complicados y no “primarios”, los problemas de poder llevar una vida familiar y comunal feliz y productiva también son complicados y exigentes. Estos cálculos no están incorporados en nuestros análisis actuales de la pobreza. Tampoco ocupan el lugar que les corresponde en nuestros intentos de comprender fenómenos como la migración internacional. A ese tema quiero volver en el siguiente acápite.

Mujeres emigrantes y economías del cuidado en la actualidad

Como ya se dijo, la emigración internacional peruana es crecientemente femenina. Este proceso se ve reflejado en los micro escenarios de Pamplona Alta. Aquí exploraré las circunstancias y particularidades de las emigrantes de los años noventa, pertenecientes a las familias a las que hago el seguimiento desde finales de los setenta.

Cuando se realizó la tercera rueda de entrevistas sobre Pamplona Alta, doce familias, de las casi sesenta que se pudo contactar, tenían en el extranjero a miembros del hogar o a allegados con su funcionamiento. En uno de los casos (No. 39) una hija estuvo a punto de salir para Europa. Todas las personas habían salido del país en la década de 1990 y cuando se les entrevistó (1992) acerca de los acontecimientos del año 1980, ninguna había enviado todavía a ningún miembro de la familia al exterior. Del total de familias con uno o más

de sus miembros en el extranjero en el 2001, tres constaban entre las doce más ricas de 1978, y ninguna entre las doce más pobres.

Familias vinculadas a la migración internacional				
Estudio longitudinal de Pamplona Alta				
Código de familia	1978 ¿Quién?*	1978 ¿Dónde?	2001 ¿Quién?*	2001 ¿Dónde?
03			Hija	Argentina
04			Hija	Argentina
11	Primer esposo mecánico de calderas. Miembro de la Marina de Guerra del Perú.	Recorrió el mundo.	Compadres (padrinos de un hijo, a quien ayudan a pagar los estudios en un instituto técnico caro y de prestigio),	USA
12			Hija	Argentina
14**	El esposo fue enviado por la fábrica donde trabajaba, para capacitarse como tornero.	Ecuador	Hermana. Trabajó primero en fábrica y luego puso su bodega. Cada año lleva a un familiar. La hija tiene esperanzas en ser la próxima en viajar.	Argentina
17	Esposo soldador	Ecuador Venezuela	Hermana del yerno	Argentina
19			Nuera	Argentina
34**			El hijo viajó a Argentina. Su hermana estuvo ahí durante 2 años y volvió con dinero ahorrado.	Argentina
39			La hija planea irse a Italia o Francia.	
42			Hija	Chile
47			Hijo	Bolivia
59**			3 hijos (2 mujeres, 1 varón).	Venezuela
62			Hija	Argentina

*Parentesco desde el punto de vista de la madre de familia de la generación fundadora del asentamiento.
 **Entre las doce más prósperas en 1978.
 Fuente: elaboración propia

Varios patrones se desprenden de la observación de este cuadro. Primero, se ve cómo la vieja emigración masculina de los años setenta respondía a situaciones bastante idiosincráticas. En los noventa, la oleada migratoria se ha transformado en un éxodo de mujeres: hijas, hermanas y nueras. Las mujeres asumen trabajos como empleadas del hogar y en la atención de personas. Sin embargo, con el tiempo pueden hacer ahorros y poner pequeños negocios. Se observa el peso predominante de dos países (Argentina y Chile), entre los destinos posibles para personas del sector socioeconómico que nos ocupa.

Cuatro casos ilustran diferentes matices de la emigración actual.

Caso 1. Movilidad ascendente

En la familia No. 59, tres hijas y un hijo están en Venezuela, bajo cierta supervisión de un tío materno que los antecedió. Las hijas envían dinero a los padres y han ayudado a que el ingreso económico para la vejez sea estable y sin las angustias de la mayoría de sus vecinos. Enviaron al hijo hacía poco para evitar que se involucrara con las pandillas juveniles que toman fuerza en la zona.

Caso 2. Vivir de la nuera

En la familia No. 19, la nuera se ha ido a Argentina. Dejó a una niña de nueve meses, que es cuidada por la suegra. A cambio, la nuera envía dinero que compensa la atención a su bebé y sirve de sostén principal del hogar, el cual sin este aporte tendría una situación económica bastante precaria. El hogar está compuesto de la pareja, una hija de 24 años, dos hijos de 25 y 21 años, y una nieta de 5. El hijo, cuya esposa está en Argentina, es chofer de “combi” (camioneta informal usada en el transporte público). Él tuvo tuberculosis hace cuatro años, un año después de establecida la pareja. La hija no trabaja, y el hijo de 21 lo hace en una fábrica de ladrillos que pertenece a un tío paterno. El padre de familia trabaja ocasionalmente (cuando consigue contratos) con una volqueta vieja, de su propiedad.

Caso 3. Reflexiones y decisiones complicadas

Se trata de una familia (No. 34) que tiene un taller de producción de muebles y equipos para bebés: corrales, coches, colchonetas y similares. El hijo César (22 años al 2001) comenzó a trabajar en el negocio familiar a los 15: “A los 15 años ya sabía hacer corrales, planchado, todo, yo mismo”. Estudia en la Academia Trilce con miras a ingresar a la Universidad Católica o a la de San Marcos en la carrera de ingeniería de sistemas. Él probó suerte en Argentina pero sólo se quedó un mes. “Fui como un turista –dice–, fui a ver si encontraba un trabajo. Pero hay más facilidades para las mujeres”.

Caso 4. Las fuerzas de expulsión

Se trata de otra familia (No. 39) que como la anterior, ha trabajado durante dos décadas en la fabricación de muebles y enseres para bebés, utilizando la mano de obra de todos los miembros del hogar. La madre tiene una cuñada que vive en Francia y un cuñado del padre que vive en los Estados Unidos. La hija Maribel, de 24 años, está desesperada por emigrar. Ella intentó ingresar en una escuela técnica de la Marina, pero falló. Postuló también a la Universidad Nacional de San Marcos, sin éxito. Ha estudiado diferentes especialidades en varios institutos técnicos de segundo nivel, cerca al barrio. Sus padres no lo saben, pero Maribel tuvo un “fracaso sentimental” que aumenta sus deseos de salir del país. Comenzó su relación amorosa cuando visitó a unos parientes en una ciudad de la costa norte del Perú, mientras ayudaba a su familia a instalar una sucursal del negocio de venta de equipos para bebés. Luego de una breve convivencia con un joven, éste le fue infiel y ella lo descubrió. Cuando ella piensa abandonar Perú y buscar mejores perspectivas en otro lugar, su intención es dejar atrás estos malos recuerdos.

Retornos imposibles

En este trabajo he argumentado que la organización y la economía del cuidado juegan un papel crítico en las decisiones sobre la emigración e incluso en las decisiones de volver o no volver. El proceso de socialización

de las mujeres gira en torno a las tareas del hogar y las labores de cuidado de otras personas, lo cual les sirve cuando deben insertarse en los nuevos mercados laborales en otros países. En Perú, la responsabilidad del hogar no es valorada y por ello sufren injusticias, sobrecarga de trabajo, poco aprecio por parte de sus padres, parejas e hijos y hasta violencia. Estas situaciones inducen a la emigración hacia otros países; incluso, a veces, les resulta mejor buscar destinos más lejanos e inalcanzables.

Las mujeres establecen una relación entre vivir en un hogar conflictivo y permanecer condenadas a la pobreza. En sus hogares no disponen de los medios para revertir esto. La emigración se les presenta como una doble solución: la posibilidad de inyectar mayores recursos en la economía doméstica que dejan y la posibilidad de replantear su propio rol, y a lo mejor el rol de su pareja e hijos, dentro del grupo familiar.

Al mismo tiempo, ellas saben que, de regresar al Perú, tendrán que acomodarse nuevamente al papel de responsables del hogar y de sus miembros, en condiciones materiales muy inferiores a las que se han acostumbrado a tener en el país de destino. Saben, y lo comprueban cuando llegan de visita, que es muy poco lo que sus esposos y otros familiares están dispuestos a asumir. El estudio de Hernández (2005) halló que solamente uno de los esposos había asumido las tareas domésticas y la atención a sus hijas, y él sufría por las burlas de hombres y mujeres de su vecindario.

Este es suficiente motivo para que las mujeres emigrantes se planteen, entre varios dilemas: si es posible seguir creyendo en el ideal del hogar que dejaron en el Perú y que sigue siendo un referente para ellas; si deben o no invertir su dinero en ese hogar, incluso si lo canalizan a través de parientes femeninas y no enviándolo en forma directa a sus poco confiables maridos; si deben o no planificar un retorno. Hasta ahora la evidencia sugiere que su decisión es más bien abandonar ese hogar y procurar construir su hogar soñado en el nuevo país. Eso no implica formar una nueva pareja ni tener otros hijos, sino más bien, llevar hacia el nuevo país a los familiares que las mujeres reconocen como miembros dignos de la casa y a quienes están dispuestas a aceptar, cuidar, atender y mantener económicamente.

Este es un ejercicio de autonomía que pocos observadores han considerado en su debida dimensión. De algún modo, las emigrantes están reinventando la idea de "las familias que hacemos". Es bajo las nuevas condiciones que ellas mismas determinan, que las mujeres pueden aceptar

la continuación de su rol “tradicional”, al frente de la organización y la economía del cuidado, el cual resulta tradicional sólo en la forma, en el momento en que las mujeres emigrantes realmente logran sus objetivos de prescindir de las relaciones familiares de maltrato e injusticia y asumen solamente aquellos vínculos que recompensan sus esfuerzos.

Bibliografía

- Abramo, Laís y Rosalía Todaro (eds.) (2002) *Cuestionando un mito: costos laborales de hombres y mujeres en América Latina*. Santiago, Oficina Internacional del Trabajo - Oficina Regional para América Latina y el Caribe.
- Aguirre, Rosario (2005) “Los cuidados familiares como problema público y objeto de políticas”; en Irma Arriagada (ed.): *Políticas hacia las familias, protección e inclusión social*. Santiago, CEPAL, UNFPA.
- Aguirre, Rosario y Karina Batthyány (2005) *Uso del tiempo y trabajo no remunerado. Encuesta en Montevideo y área metropolitana 2003*. Montevideo, UNIFEM, Universidad de la República.
- Alarcón Glasinovich, Walter. (2002). *Niñas y adolescentes trabajadoras del hogar en el Perú. Una aproximación cuantitativa*. Lima: IPEC / OIT.
- Anderson, Jeanine (1992) “Estrategias de sobrevivencia revisitadas”; en María del Carmen Feijóo e Hilda María Herzer (eds.): *Las mujeres y la vida de las ciudades*. Buenos Aires, Instituto Internacional de Medio Ambiente y Desarrollo.
- Anderson, Jeanine (2004) “Mundos en transformación: familias, políticas públicas y su intersección”; en Irma Arriagada y Verónica Aranda (eds.): *Cambio de las familias en el marco de las transformaciones globales: necesidad de políticas públicas eficaces*. Santiago, CEPAL - División de Desarrollo Social.
- Arriagada, Irma (2005) “Los límites del uso del tiempo: dificultades para las políticas de conciliación, familia y trabajo”; en Irma Arriagada (ed.): *Políticas hacia las familias, protección e inclusión social*. Santiago, CEPAL, UNFPA.
- Beck, Ulrich y Elisabeth Beck-Gernsheim (1995) *The normal chaos of love*. Cambridge, Polity Press.

- Denegri, Francesca (2000) *Soy señora. Testimonio de Irene Jara*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos - Centro de la Mujer Peruana Flora Tristán - El Santo Oficio.
- Fineman, Martha Albertson e Isabel Karpin (eds.) (1995) *Mothers in law. Feminist theory and the legal regulation of motherhood*. New York, Columbia University Press.
- Gordon, Linda (1994). *Pitied but not entitled. Single mothers and the history of welfare*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.
- Hernández Reyes, Martha Lucía (2005) *Con la migración femenina: roles que se intercambian, desigualdades que se refuerzan. ¿Hay esperanzas de una nueva masculinidad y feminidad?* M. A. tesis en Sociología. Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- Katz, Michael B. 1995 *Improving Poor People. The welfare state, the "underclass," and urban schools as history*. Princeton, N.J.: Princeton University Press.
- Thomas, Nicholas (1994) *Colonialism's Culture. Anthropology, travel and government*. Princeton, N.J., Princeton University Press.
- Valverde, Rocío (2006) *Venciendo la TB-MDR. 20 testimonios de ex pacientes con tuberculosis multidrogo resistente*. Lima, Socios en Salud Sucursal Perú.
- Wilson, Elizabeth (1991) *The Sphinx in the City. Urban life, the control of disorder, and women*. Berkeley, University of California Press.